

EL REGRESO DEL CAPITÁN ALATRISTE

“¡Bogad, bogad, malditos!”

La nueva novela de Arturo Pérez-Reverte, *Corsarios de Levante*, la sexta de las aventuras del Capitán Alatriste, arrastra al lector a una endiablada singladura en galera por el Mediterráneo. Persecuciones, tormentas y estremecedoras batallas navales contra los turcos entre el espumear de los remos y el silbido de las flechas de los jenizaros; galanteos y duelos en una Nápoles minuciosamente reconstruida, golpes de mano en Berbería... Alatriste no cesa, y cumple ya diez años de vida literaria.

JACINTO ANTÓN

Pardiez que hay coraje en *Corsarios de Levante*, el primer Alatriste poscinematográfico. Y emoción. Y aventura. Y amistad. Arturo Pérez-Reverte nos lanza una novela que es como una buena estocada: rápida, directa y efectiva, con la engañosa sencillez de la esgrima del maestro. Nos encontramos en el inicio del relato —un mediodía de mayo de 1627— con el Capitán Alatriste e Íñigo de Balboa (17 años recién cumplidos) navegando ya a toda castaña en una galera española a la caza de una galeota berberisca. “¡Aferri las dos!... ¡Ropa fuera! ¡Pasaboga!”. El cómitre con su látigo tejiendo en las espaldas de los galeotes “un jubón de amapolas”. Tensión, besos a los escapularios, las mechas de los arcabuces a punto, hambre de botín. Acaso miedo (“miente quien diga que nunca conoció el miedo, pues no hay cosa que no tenga su día”). Seguirá el pandemónium de un abordaje sangriento en el que Pérez-Reverte trazará el ancho escenario histórico en que nos vamos a mover: la peligrosa “turbulenta frontera mediterránea, encrucijada de razas, lenguas y viejos odios”.

La novela no dejará de ir subiendo en intensidad hasta un final absolutamente espectacular, con cinco galeras turcas mortalmente enfrentadas a la nuestra en las costas de Anatolia, un pequeño Lepanto con hechuras de Trafalgar. Un trance malo, sin duda: “No hay otra, esta noche cenamos con Cristo o en Constantinopla”. Ahí llega Uluch Cimarra, jenizaro grande pegando mandobles feroces y gritando “¡ibir mum!” (“hijos de la gran puta”, con perdón, en turco)...

Persecuciones y batallas navales por todos los rincones del Mediterráneo, el ataque a un campamento moro en un uadi cerca de Orán (ecos de *Beau Geste* —“ah, pero es que eso era nuestro *Beau Geste*”, señala Pérez-Reverte—), peligrosos galanteos en Nápoles, “pepitoria del mundo”; el escamoteo de la escultural favorita del bajá de Chipre... El horror (ahorcamientos, desollamientos, los sesos volantes del caporal Conesa, el niño que espanta las moscas de la cabeza cortada de su padre, el culpable recuerdo de Alatriste de la represión de los moriscos) y también el humor (en el golfo de Escanderlu, situación desesperada, tres galeras que van a jugársela al amanecer contra la flota turca; dice el capitán Urdemalas: “Ningún socorro a nadie. Cada cual para sí y puto el último”). A lo que recuerda oportunamente el sargento Quemado: “El último somos nosotros”). ¡Vaya singladura, Arturo!

“Me he inventado pocas cosas, las situaciones son auténticas; es un tema que tengo localizado hace muchos años y me lo sé. Manejo mucho material de la época, de las campañas corsarias de España y Nápoles. Hay mucho trabajo detrás. He leído libros enteros que me han servido para una sola línea de la novela. Lo asombroso es que esa gente que nuestro eran realmente así. El coraje, la aventura, la crueldad, eran los mismos que



Batalla entre turcos y cristianos, lienzo del italiano Tintoretto (1518-1594).

MUSEO DEL PRADO

nuestro. Había realmente individuos que saltaban a una galera enemiga solos. Eran una gente peligrosísima. Éramos muy peligrosos. Esa singularidad, esa arrogancia, sentirse dueños del mundo, poseedores de la religión verdadera. Alatriste me permite entrar en la psicología de aquellos tíos. Cuando lees esas acciones... eran tíos asombrosos, una combinación de valor, desesperación, ambición y salvajismo absolutamente español. Un país de miserables era el nuestro. Ser soldado, ir a América, a Flandes, al Mediterráneo, era salir de la miseria a por botín. Eso sí, como hidalgos y vendiendo cara la piel, pues hacen de su reputación, de su dignidad personal —que es lo único que poseen— una filosofía de vida”. Como aquello de que los “señores soldados”, la infantería embarcada, no reman en la galera ni que les vaya la vida en ello. La tropa no boga ni hartos de alboroque, que dicen en la novela. “Efectivamente. Eso es cierto. Lo cuenta Cervantes. No reman. Remar es cosa de los galeotes y para el soldado es deshonoroso. Al leer el libro te pueden parecer unos animales, unos marcianos. Pero eran así, exactamente así. Alonso de Contreras, Jerónimo de Pasamontes, Osuna y sus capitanes...”

Lo de las bocas de Escanderlu, esa lucha atroz y desproporcionada en el mar, tres a ocho... “Esa batalla ocurrió. Y el episodio real es aún más increíble: un bajel y dos galeras contra treinta. Lo dicho, hay mucho material, mucha documentación, el siglo XVII es muy rico en ella, pero es un tema poco trabajado, en buena parte desconocido. Se habla mucho del pirata turco, del corsario berberisco... pero nosotros hicimos lo mismo en esa frontera mestiza que era el Mediterráneo. Los españoles hicimos mucho el corso”.

Al turco, al moro, al berberisco, se le mata y destaza si hace falta, pero es

una rivalidad sana; en cambio a los ingleses... “Ése viene de fuera a robar, es un intruso, al moro lo conoces bien, incluso frecuentemente, si tiene reñíos, se le admira; es de aquí, vecino del mismo patio. Se le odia, se le degüella, pero con un respeto”.

¿No se ha teñido un punto este Alatriste de la negra perspectiva de *El pintor de batallas* (Alfaguara), la anterior novela de Pérez-Reverte? “No, lo que pasa es que Íñigo ha crecido y eso hace que surjan unas lucideces y amarguras en la relación que no se daban cuando era más joven. Hay enfrentamientos. Cosas que cual-

“El coraje, la aventura, la crueldad de entonces, eran los mismos que nuestro”

quier padre que haya tenido hijos adolescentes entiende”.

A Pérez-Reverte le gusta especialmente el episodio del soldado varado en Orán, el viejo veterano Malacalza. “Se entiende en él lo que era el abandono de España a sus gentes, cómo todo se fue perdiendo por desidia”. Le place también el lance del “rufián de entremés”, cuando Íñigo se ve metido en una clásica situación de enredo en Nápoles, rico vergel...

Para él ha sido, por supuesto, “un gustazo”, hacer una novela con tanta trama marina. “He manejado cartografía de la época, he analizado cada barco, cada derrotero, cada maniobra, cada viento”. Como con Patrick O’Brian, el lector siente que navega en las páginas, aunque los capitanes de mar y de guerra del escritor inglés nunca soltarían una retahíla tan elocuente como los de Pérez-Reverte: “Bogad, cuarta a babor, me cago en Satán, bogad malditos, bogad, amolla ese cabo, tensa aquella driza, bogad que ya son nuestros, bogad u os arranco la piel, bellacos, voto a Dios y a la hostia que vi alzar”.

El mundo de la galera que describe *Corsarios de Levante* es muy bestia. “Era así. Un infierno hediondo e insalubre. Piensa que a lo máximo que te condenaban era a remar diez años, porque nadie aguataba más vivo. Era durísimo. Y ellos, las gentes de entonces, también, para aguantarlo. Si ahora navegar ya es jodido, en aquella época, con guerra, esclavitud... Ya lo decían: ‘La galera, de la Dios a quien la quiera’”.

Eran tiempos crueles, esa crueldad aparece en la novela. “Esta novela no se puede escribir desde el siglo XXI, es un error aplicar nuestros criterios éticos —como hacen muchos autores de novela histórica, especialmente mujeres— a otras épocas. No se puede juzgar. La crueldad era algo natural, impuesto por la superviven-

El credo del capitán

Francisco Rico

No picaré en el cebo de la vida, turbio nombre que Dios puso a la muerte; la farsa de la historia, de la suerte, me pilla con la máscara vestida,

y la naturaleza, esa homicida, de tanto aporrearne, se ha hecho inerte. Naturaleza, historia y Dios, Reverte, no harán que me desangre por su herida.

En nadie creo ya, en nadie espero, y no me amo yo más que a otro del ható. Guardo la compostura, veo y río,

O si acaso desprecio... Nada quiero. Sólo matar el tiempo en quienes mato, batiendo el ala triste del hastío.

—Esto habló un capitán, hombre de chapa, tiró la copa y se terció la capa.

EL REGRESO DEL CAPITÁN ALATRISTE

cia limitada, por las circunstancias; ¿cómo ibas a tomar prisioneros heridos en una galera abarrotada ya?: al agua con ellos. Así era el mundo. Mataban, pero también sabían morir cuando venían mal dadas. Con dignidad, con fatalismo profesional”.

Corsarios de Levante es la primera novela de Alatraste tras encarnarse en la gran pantalla. “La película estaba bien, pero Alatraste existe antes y después de ella. Alatraste no ha de luchar con la película, que es un complemento. Tenía curiosidad para reencontrar a Alatraste después de la película. No hay ningún problema, Alatraste está intacto. No está contaminado. La película se adaptaba mucho a los libros, era muy fiel, no los violentaba. Al no hacer Viggo (Mortensen) ni Agustín (Díaz Yanes) su capitán, sino basarlo en las novelas, no ha habido otro Alatraste diferente”.

Hace diez años que nació Alatraste, con esa frase —“no era el hombre más honrado”, etcétera— que ya ha saltado a los colegios y al cine. Pérez-Reverte recuerda: “Hice desde el principio un plan que he ido siguiendo, que he ido ampliando pero sin cambiarlo. El cuadro inicial se mantiene”.

En *Corsarios de Levante*, descubrimos que Malatesta está vivo, que Luis de Alquézar conspira desde América y que Angélica —“he crecido por dentro y por fuera”, escribe a Iñigo— lanza el cebo desde allí. Pero nuestros héroes no cruzarán el charco en el futuro. “Sería falso llevar a Alatraste a América, la gente de su clase no iba tan lejos, a no ser para quedarse. Seguirán por el Mediterráneo, irán a París... Y Rocroi espera”.

Hablar de los diez años de Alatraste —tantos años como heridas— da

“El mundo de la galera era un infierno hediondo e insalubre. Era durísimo. Ya lo decía el refrán de la época: ‘La galera, dela Dios a quien la quiera’”

“Tenía curiosidad para reencontrar al Capitán Alatraste después de la película. No hay ningún problema, Alatraste está intacto”



Viggo Mortensen, en la película 'Alatraste', de Agustín Díaz Yanes.

REUTERS

Una pica en Flandes

Carmen Iglesias

Diez años de éxito popular de las aventuras del Capitán Alatraste, soldado de los Tercios Españoles en pleno siglo XVII, es una hazaña casi tan importante en nuestro tiempo como era en su época “poner una pica en Flandes”. Arturo Pérez-Reverte ha conseguido que una criatura de ficción se haya convertido, y más todavía al ser llevado al cine, en un héroe español, no por perdedor y matón menos héroe —más bien al contrario—, cuyas aventuras nada tienen que envidiar a las que nos deslumbraban en las historias del Oeste americano, cuando los valientes personajes se enfrentaban a todas las dificultades con su particular código ético: la lealtad a la palabra dada se cumple por encima de todo, las cosas que se empiezan no pueden dejarse a medias, la dignidad personal está por encima del éxito inmediato, al enemigo —y sobre todo a aquel que exhibe una crueldad deliberada— no se le perdona jamás, incluso aunque se le perdone la vida. Además, Alatraste es siempre *leal* a sus juramentos, pero no es *fiel*; en la antigua Castilla la diferencia entre el terreno de la lealtad y el de la fidelidad era bastante claro: fiel es el que sigue al Señor sin preguntarse por la justicia de su causa, leal es aquel que procura que el señor no cometa injusticia.

En un país que, como decía conmovedoramente María Zambrano, “no acepta su propia historia” y la entiende solamente “como sombra, como culpa solamente” —igual por lo demás que en su percepción hacia las mujeres, remataba—; en un país como España cuyos ciudadanos “tienen historia a pesar suyo —proseguía Zambrano en sus comentarios a los *Episodios* de Galdós—; (los españoles) no la viven, no se entregan a ella con la consecuente docilidad del europeo y especialmente del francés”; en un país con tal ambiente intelectual y emocional en amplios sectores dirigidos, como también han ob-

servado asombrados muchos de nuestros mejores hispanistas, que el Capitán Alatraste —soldado valiente y espadachín a sueldo en la dura España del barroco— incite a interesarse mínimamente por la historia de su época y que ésta haya sido recreada con tanto mimo en una obra de ficción es siempre un soplo de aire fresco. Pues, a mi parecer, estamos ante una escritura que recoge cuidadosamente hechos y datos históricos, pero que nunca ha pretendido entrar en ese obsoleto apartado de la “novela histórica” que últimamente se prodiga con una textura tan plana, sino que se recrea en la alegría de contar una historia, en la libertad de utilizar la ficción para aven-

Los personajes pueden ser ficticios, pero no lo son ni sus sentimientos ni el sentido de los hechos de su entorno

turar verosíblemente las posibilidades de unos personajes en un contexto cotidiano que les ha tocado vivir y sobre el que actúan de forma que el lector puede reconocer en sus reacciones sus propias realidades existenciales o sus sueños de libertad y dignidad personal.

Alatraste es un superviviente, un guerrero —un buen guerrero profesional— que sobrevive en el multinacional “ejército católico” de S. M., en un momento en que el número de soldados españoles en Flandes —la *temible infantería de las Españas*, en la que los españoles eran una minoría que combatía siempre junta y no se rendía jamás— dependía en buena medida de las fluctuaciones de la economía castellana y de una curva de salarios que quedaba desbordada por los precios y que obligaba a aceptar el oficio de soldado, como estudió excelentemente G. Parker. Pues hay que recordar que España, en palabras de Díez del Corral, “era un país con vocación

guerrera y capaz de movilizar para llevar a cabo sus empresas bélicas gentes de las más variadas nacionalidades de Europa, pero justamente porque no era una ‘sociedad militar’ en el sentido estricto del término”, como podía ser la Suecia de Gustavo Adolfo y Carlos XI y poco después en los casos de Prusia y Rusia, la población española no estaba organizada para fines de reclutamiento militar. Por ello precisamente algunos arbitristas de la época estimaban ya que la *declinación* de la monarquía hispánica, bajo el Gobierno de los últimos Austrias, se debía al poco entusiasmo militar de sus monarcas: “Se ha cambiado la espada por la pluma... y así vamos”, se decía críticamente. Y el juicio que se dio de Felipe IV en el siglo siguiente, por contraste con el impetuoso guerrero de Felipe V, “el Animoso”, era tremendamente negativo, incluso en un escritor como León de Arroyal que en sus *Cartas* al conde de Llerena seguía estimando que la falta de espíritu bélico del monarca y sus inclinaciones por la música, la pintura, los libros, la poesía, “mientras que la monarquía ardía en guerras y turbación” era motivo para considerarle muy por debajo del título de Grande que se le quiso dar. El ejemplo de los monarcas arrastraba a toda la sociedad.

En las relaciones entrecruzadas o fronterizas que en ocasiones se establece entre la novela y la historia, la popularidad del Alatraste de Pérez-Reverte es resultado de un cruce feliz entre saber contar una historia, disfrutándola, y por ello haber sabido crear vida y no simplemente copiar o inventar pasados históricos. Los personajes pueden ser ficticios, pero no lo son ni sus sentimientos ni el sentido de los hechos de su entorno. Como decía un personaje de Thornton Wilder: “Nada es como se cuenta, pero todo es verdad”. El mundo de los seres humanos está lleno de personajes literarios, tan importantes para la mentalidad y el imaginario social como los históricos. Alatraste es para nosotros uno de ellos.

Carmen Iglesias es académica de las Reales Academias Española y de la Historia.



Arturo Pérez-Reverte, este año en Madrid.

GORKA LEJARCEGI

pie a recalcar algunas cosas. “No es justo poner a Alatraste en la estela de la novela popular de aventuras. Alatraste es mucho más complejo. La serie maneja mecanismos humanos, documentación y desarrollos lingüísticos que son ajenos a Salgari o a Dumas. Alatraste, y no se entienda esto como una herejía, va más allá que Dumas. En relación con Alatraste se puede usar la asociación con la novela de aventuras y sus mecanismos —yo mismo hago uso de ello—, pero al tiempo hay en Alatraste una cantidad de información, reflexión y trama complejísima que trasciende el género. El lector lúcido constata que hay un trabajo ímprobo de creación de un lenguaje. Alatraste no es un pastiche, es una obra viva y fresca, nueva”.

“No es justo poner a Alatraste en la estela de la novela de aventuras. Alatraste es más complejo”